

MAX WINTER

De vuelta a la vida

(En 2025)

Traducción del alemán, adaptación y prólogo
de RICHARD GROSS

Índice

Prólogo, 7

La casa de la momia viviente, 21

El plan del doctor Meister, 26

El bebé centenario, 29

De los días viejos y nuevos, 37

La primera caminata por el bosque, 43

La radio, gobernanta universal, 57

Un paseo por el hogar de convalecencia, 66

La economía europea planificada, 73

El mundo sin dinero, 79

Un mundo sin palizas, 89

En el jardín de infancia, 97

La sala de cristal y el pabellón Victor Adler, 106

En la escuela alpina al aire libre, 117

Con los mil justos, 124

El año de intercambio, 130

El alcalde del pueblo, 140

La victoria sobre la ceguera, 150

El sol revolucionario, 159

De cómo se capturó el sol, 165
La gente de a pie, los grandes hombres y mujeres
de Europa, la justicia, 175
Sobre el modo de educar a los seres humanos, 184
El ciudadano Richard Fröhlich, 195

Prólogo

VIENA, MAYO DE 1919. El Partido Obrero Socialdemócrata (SDAP) gana con mayoría absoluta las primeras elecciones democráticas al Ayuntamiento. El órdago al que habrá de hacer frente el nuevo cabildo es considerable. De haber sido el centro neurálgico de un imperio multisecular —el austrohúngaro— que se ha desmembrado a consecuencia de la Gran Guerra, la ciudad ha pasado a ser la capital de una república —la de Austria— que en extensión es ocho veces más pequeña que el imperio caído y ya no cuenta con las prósperas regiones agrícolas ni con buena parte de los focos industriales del pasado. Las secuelas de la conflagración bélica pueden observarse en sus calles. Vagan por ellas personas tullidas, demacradas, indigentes y andrajosas. La hambruna campa a sus anchas. Enfermedades como la gripe o la tuberculosis han adquirido dimensiones epidémicas y causan una elevada mortandad. La inflación se ha desbocado y hace empobrecer a amplias capas de la población. El paro ha alcanzado cotas desconocidas. La llegada masiva de refugiados oriundos de los territorios de la antigua monarquía agrava la lacerante escasez de viviendas que la metrópoli viene padeciendo desde hace décadas.

Cercado por las adversidades, el ayuntamiento emprende una política inspirada en su ideario socialista, a caballo entre el reformismo y la revolución, que abarca un ambicioso programa de medidas sociales, sanitarias, educativas, culturales y, sobre todo, habitacionales sin parangón en la historia de la ciudad. Para mi-

tigar la acuciante lacra del hambre, se ponen en marcha cocinas y comedores populares que abastecerán preferentemente a párvulos y niños en edad escolar, pero también a personas necesitadas y jubiladas. Al objeto de reducir el desempleo, se lanza un sostenido plan de construcción de vivienda pública que apuesta por el empleo del ladrillo (en vez del hormigón armado), más intensivo en trabajo y, por tanto, capaz de absorber mayor cantidad de mano de obra. Desde la Oficina de Bienestar, instituida expresamente para el fin que su nombre indica, se impulsa la creación de una tupida red de centros asistenciales, como puestos de atención contra la tuberculosis (cuya acción reduce la tasa de afectados a la mitad del promedio del país), puestos de asesoría materna (que hacen caer notablemente el índice de mortalidad neo y posnatal) u hogares de juventud destinados a prevenir la exclusión social de los menores procedentes de familias pobres. Se acelera la construcción de guarderías y jardines de infancia (tan solo en 1926 se habilitan 34, y en 1932 su número total ascenderá a 111, frente a los veinte que había en 1920); estos centros serán frecuentados por unos diez mil niños, y en ellos los menores reciben alimentación y atención médica y bucodental, además de estar al cuidado (a partir de 1927) de puericultoras de formación. Se edifican y se municipalizan hospitales generales; se crean clínicas infantiles y obstétricas; se ofrecen colonias de vacaciones y estancias en balnearios curativos; en numerosos barrios obreros se construyen instalaciones de deporte y piscinas (diecisiete tan solo entre 1925 y 1928), tanto al aire libre como cubiertas. Todos estos servicios son gratuitos o de bajo coste para sus usuarios.

La gratuidad o asequibilidad caracteriza también a la educación: no se cobran matrículas escolares, y los libros de texto y demás medios didácticos no suponen gasto alguno a las familias, en orden a minimizar entre los alumnos toda discriminación por origen social. En las escuelas se ensayan pedagogías novedosas (por ejemplo, el método Montessori), se instaura la figura del consejo de padres y se consiente la participación del alumnado en las de-

cisiones que atañen al régimen educativo. Entre las características de la nueva pedagogía, destacan la eliminación de la violencia física en las aulas, la supresión del papel de la Iglesia (la materia de catequesis deja de ser obligatoria) y una enseñanza centrada en la realidad que envuelve a los niños. Para los adultos, se abren bibliotecas obreras e instituciones de educación popular, y se desarrolla un amplio tejido de asociaciones de ocio, como coros o clubes de ajedrez, fotografía, música, teatro, cine, montañismo, deporte, etc.

Pero es en el ámbito habitacional donde más salta a la vista el empeño transformador de aquella socialdemocracia vienesa. En los quince años durante los que ostenta el poder, nacen sesenta y cinco mil viviendas públicas, agrupadas, en su mayoría, en 348 bloques (*Höfe*), cada uno de ellos dotado de un abanico de equipamientos comunitarios, tales como guarderías, jardines de infancia, áreas de juego para niños, zonas verdes con árboles y flores, salas de encuentro, baños, bibliotecas, salas de lectura, lavanderías, ambulatorios, consultorios médicos, farmacias, talleres, cooperativas de comestibles y estafetas de correos; algunos incluso tienen escuela, sala multifuncional para cine, teatro y conciertos, piscina y pabellón de deporte. Esta vivienda propiedad del municipio está a disposición de los necesitados a cambio de un alquiler módico perfectamente asumible; de hecho, se sitúa en niveles tan bajos que el mercado urbano de la renta inmobiliaria, dominado por el abuso y la especulación, termina por hundirse. No obstante, se trata de complejos residenciales de calidad, luminosos y bien ventilados, hechos con buenos materiales, cuidados en los detalles y los acabados; complejos en los que la intervención de la mano artista de escultores, diseñadores y herreros desempeña un papel importante, ya que los promotores de esta arquitectura buscan aunar belleza y justicia social. «Es asombroso y en suma medida admirable lo que se ha creado aquí de ejemplar desde el punto de vista higiénico, estético y social, algo que no ha sido superado por ninguna ciudad

del mundo», sentencia en 1932 el escritor y premio nobel Thomas Mann, nada sospechoso de izquierdista.

Esta política del bienestar es posible gracias a la triplicación del gasto con respecto al período prebélico, y se basa en una fiscalidad altamente progresiva. Tras la separación administrativa del *land* de Baja Austria en 1920, Viena goza de una amplia autonomía tributaria e implanta el Impuesto para la Construcción de Vivienda, el cual está concebido de tal manera que los propietarios del 0,5 por ciento de los inmuebles arrendables más caros aportan el 44,5 por ciento de la recaudación total. Además, se crea un impuesto de lujo que grava toda clase de bienes y consumos de este tipo, como la tenencia de personal doméstico, automóviles o caballos, las carreras hípicas, las subastas de arte, las apuestas, los prostíbulos, las habitaciones de alquiler, el despacho de cerveza y un largo etcétera. En 1927, las tributaciones por concepto de lujo representan el 36 por ciento de la recaudación global del municipio. Valga, para ilustrarlo, un ejemplo palmario: con la carga impositiva que recae sobre las cuatro pastelerías más grandes de la ciudad se financian las clínicas dentales escolares, mientras que los lupanares e hipódromos sufragan el coste de todos los centros de obstetricia. Ni que decir tiene que semejante política impositiva, amén del resto de medidas encaminadas al fortalecimiento del mundo obrero y la democratización del espacio público, suscitan la furibunda oposición política, mediática y, en últimas, golpista y mortífera de los bandos cristiano-social y nacionalsocialista. Hugo Breitner, por ejemplo, concejal de Finanzas (1920-1932) y artífice de la arquitectura fiscal esbozada arriba, es calificado de «bolchevique tributario» y vilipendiado con alusiones y caricaturas antisemitas (era judío y, antes de entrar en política, había sido director de la entidad financiera *Länderbank*). Entre los días 12 y 15 de febrero de 1934, la artillería pesada del Ejército, comandado por el canciller autócrata Engelbert Dollfuss y secundado por las milicias paramilitares del *Heimwehr*, pone fin a la llamada Viena Roja.

Es este contexto el que marca la vida y obra del autor de la presente novela.

MAX WINTER, segundo hijo del matrimonio formado por Hildegard y Julius Josef Winter, nace en el concejo húngaro de Tárnok el 9 de enero de 1870. La madre es modista, y el padre, funcionario de los ferrocarriles regio-imperiales. En 1873, la familia se traslada a Viena, donde Max se criará en condiciones humildes. Ingresa en el instituto de secundaria, pero lo abandona a los quince años de edad para iniciar un aprendizaje mercantil y cursar estudios en la escuela de comercio. Seguidamente, asiste a lecciones de Filosofía, Historia y Economía Política en la universidad, aunque no se licencia en ninguno de estos estudios. Entre 1886 y 1890, escribe más de doscientos poemas que nunca publicará, e inicia sus primeros balbuceos en el periodismo. En 1893 se incorpora a la redacción del recién fundado *Neues Wiener Journal*. Sus crónicas, centradas en la Viena de los marginados, y una serie de artículos dedicados a los niños hambrientos que malviven en la ciudad suscitan la atención de los líderes socialdemócratas Victor Adler y Friedrich Austerlitz. Lo invitan a colaborar con el diario *Arbeiter-Zeitung*, el principal órgano de expresión del SDAP. Empieza a trabajar en la sección dedicada al ámbito de lo judicial, donde aprende la importancia del rigor probatorio y de la contrastabilidad de la información, rasgos ambos que caracterizarán la cobertura que llevará a cabo. Poco a poco va publicando, en este mismo rotativo, sus «reportajes sociales», una temprana forma de periodismo encubierto o de infiltración que destapa y denuncia realidades tan dispares como la explotación infantil o las circunstancias laborales que oprimen a los tejedores silesianos, los mineros de Estiria, los leñadores de la selva de Bohemia, los tramoyistas de teatro, las comparsas de la ópera, los escritores a sueldo de folletines, etc.; unos reportajes,

De vuelta a la vida

La casa de la momia viviente

EN EL HOGAR COMARCAL de convalecencia, sito en el pinar, debió de acontecer algo insólito. Las enfermeras caminaban con caras serias y solemnes, y los médicos, al cruzarse sus pasos, no se saludaban como si fuera un día cualquiera, sino que mantenían un breve intercambio de palabras. Sus semblantes expresaban lo mismo que los rostros de las enfermeras: alegría a la par que grave preocupación.

—¿Ya lo sabe, amigo? Ha despertado a la vida. Vengo de verla... —dijo el médico jefe al joven facultativo con el que se había encontrado en un camino del bosque—. Ahora esto se pone serio. Hasta la fecha, la momia no era para nosotros más que un fenómeno de la naturaleza, una aparición extraña, un ser humano adelgazado hasta los huesos e inmóvil, pero que no se apagaba y cuyo corazón latía...; ahora, sin embargo, ha abierto los ojos después de un sueño centenario y... —el médico jefe frunció el ceño adustamente— ha dejado de ser una aparición..., se ha convertido en una persona, y nuestro flaco arte está llamado a atizar el tenue rescoldo de vida.

El veterano galeno estuvo en un tris de ponerse poético.

—Marianne no se ha apartado de su lecho un solo instante desde que ha abierto los ojos. No ha dado un paso fuera de la «villa».

Así era como los médicos del hogar de convalecencia llamaban al solitario pabellón ocupado en exclusiva por la «momia viviente», a la que velaban día y noche desde hacía veinte años. Sobre el plano del establecimiento, la «villa» tenía el nombre de «casa de la momia viviente», del mismo modo que otros edificios del hogar de convale-

cencia dispersos por el pinar llevaban topónimos locales como «casa de la buitrrera», «casa de los tres pinos» o «casa del lago del bosque». Desde mucho tiempo atrás, la administración de salud había roto con la vieja costumbre de designar con números las distintas casas destinadas a recuperar para la vida a personas enfermas.

Antes de que Richard Fröhlich fuese ingresado en la misma, la casa se llamaba «sortilegio de la selva», porque la recubría casi por entero una clemátide de sutiles cogollos; la planta invadía hasta el tejado. Parecía como si miríadas de bolas de nieve plateada treparan por tallos tiernos sobre la casita, y el verde oscuro del pinar constituía un majestuoso telón de fondo.

Lo que aquel mágico encanto prometía por fuera, el interior de la casita no lo desmentía. Constaba de una sola planta dividida en cuatro salas que se encontraban media docena de escalones sobre el suelo. La sala principal tenía un par de ventanas, ambas orientadas al sur. Una abundante luz solar anegaba las estancias.

Hacia cuatro lustros que reposaba allí Richard Fröhlich, el durmiente eterno, internado ocho décadas antes en diversos hogares de convalecencia universitarios o metropolitanos, en los que no se había conseguido despertarlo del sueño narcótico en el que cayera en el año 1925. Se trataba de uno de aquellos jóvenes paladines que se habían encomendado a un torpedo aéreo para, cabe suponer, derivar hacia la zona de atracción de otra estrella. Fue salvado por unos pescadores malayos junto con su torpedo. Los médicos más famosos realizaron vanos esfuerzos por devolver a Richard Fröhlich a la vida.

Desde entonces había transcurrido exactamente un siglo, y lo que al principio parecía un asunto al que la naturaleza no tardaría en señalar una salida, en el curso de los días, semanas, meses, y luego años y décadas, se fue convirtiendo en un misterio casi irresoluble planteado al intelecto humano y al arte médico. Richard Fröhlich mantuvo su condición de fenómeno y problema durante esos cien años. Su sueño duraba ya tres generaciones, y los exáme-

nes clínicos de cada día, los lavados, los baños eléctricos de baja intensidad, los masajes, la alimentación artificial que se le inculcaba en forma de extractos no habían sido capaces de despertarlo.

Médicos y enfermeras se dedicaban con celo creciente a este extraño caso que, como si de un milagro se tratase, atraía a especialistas del globo entero, deseosos de ayudar a solventar el misterio. Pero ninguno lo había logrado todavía.

—Lo que le ha restituido la vida probablemente se convierta en un misterio eterno —continuó el médico jefe—. Marianne solo estuvo un momento en su cuartito de enfermera, junto a la habitación de Richard, y cuando volvió a entrar, él la miró con ojos enajenados y levantó levemente el brazo izquierdo. Marianne llamé enseguida al médico que cumplía turno al lado, y los dos se acercaron con prudencia a la cama.

—¿Y Richard?

—Sus labios se movieron. Marianne y el médico oyeron un murmullo incomprensible. Y ha seguido así hasta ahora. No obstante, tenemos la esperanza de salvarlo... ¡Figúrese lo que significaría ganar un testigo vivo de la época del más abominable extravío del hombre, un testigo de la gran carnicería humana perpetrada entre 1914 y 1918!

»Seguramente ya se esté consiguiendo nutrir con leche materna a nuestro hijo centenario... Nuestra mejor nodriza de la casa de maternidad se ha ofrecido a poner a disposición sus reservas sobrantes... ¿Pero la tomará él de forma continua? ¿No recaerá?

—Confíemos en ello.

—El ama de cría ya se ha trasladado con su niño al cuarto de huéspedes de la casa de la momia, y cada dos horas le extraen la leche y se la administran, aún caliente, a nuestra gran criatura. La sorbe con avidez, como la bebida materna. Esta es nuestra gran esperanza.

—¿Así que usted también confía?

—Sí, doctor Corbett, confiamos en que Richard será devuelto por completo a la vida. Pero ¿quién sabe? El cúmulo de impresio-

nes nuevas podría hacerlo enloquecer ante la realidad contemporánea. No olvidemos que es un hombre de los tiempos de la guerra mundial.

—Y el mundo desde entonces ha cambiado bastante... —añadió riendo el joven médico—. También en esto habremos de empezar por la leche materna. Tal vez los médicos no podamos hacerlo solos. Quizá sea oportuno solicitar el consejo de un educador experimentado. O bien incorporarlo a la tarea.

—Lo que usted dice tiene muchos pros, pero por el momento vamos a dejar que Marianne haga su labor. Con su dulce talante femenino parece ser la persona más indicada para enseñarle al emisario del siglo xx que su letargo lo ha transportado a un mundo distinto, uno mejor. Debemos evitar, eso sí, que las impresiones lo acometan de forma simultánea. De lo contrario, y a menos que el pasado se haya borrado de su memoria, podría enloquecer ante las novedades.

—¿Y el director?

—Como usted puede imaginar, no quiere apartarse de su hija, pero Marianne le recuerda una y otra vez que ha de estar también para los demás pacientes, no solo para Richard. Ahora toca volver a nuestras obligaciones.

El médico jefe Brunner se despidió amablemente del joven colega y prosiguió meditabundo su ruta por el sinuoso y soleado camino del bosque. El doctor Corbett, por su parte, se dirigió hacia la casa de los médicos.

El joven, que tenía la fortuna de hacer sus tres años de prácticas domésticas en el hogar de convalecencia del pinar, aprendía en aquella institución algo más que el arte curativo antes de que lo enviaran por el mundo a expensas del erario público y con el fin de que frecuentara otros hospitales universitarios de los Estados Unidos de Europa o América del Norte y del Sur, la India, la gran República de Asia Oriental —la «República amarilla»—, la Federación de Estados Sudafricanos o la República Norteafricana, siem-

pre según sus inclinaciones, su predisposición y su libre elección. Ninguno de aquellos jóvenes abandonaba el hogar de convalecencia del pinar para salir al ancho mundo si no contaba con muchos de los atributos que distinguen a un gran galeno, sobre todo un hondo y genuino humanitarismo.

El director, los médicos y las enfermeras, junto con el contable, el tesorero, el administrador, la gerente de la cocina, todos y todas sus auxiliares, el jardinero y su equipo, amén del resto de los empleados del hogar de convalecencia, independientemente de las funciones que cumplieran, constituían, bien mirado, una única gran familia; y, al igual que los enfermos, el conjunto de la plantilla elevaba la mirada hacia su director, el célebre médico e ilustre hombre Friedlieb Meister, como si de un padre y guía se tratase.

La fama de Meister había trascendido las fronteras de los Estados Unidos de Europa, y desde todos los países afluían los aspirantes ansiosos por realizar en el pinar su año de servicio social, servicio implantado como una de las primeras leyes por el Gobierno Federal Europeo en 1950, poco después de la fundación de los Estados Unidos de Europa. Acababa de votarse el desarme generalizado que, desde la gran matanza mundial, había rondado los cerebros de algunos diplomáticos ilustrados y cuajado en un verdadero anhelo en el alma popular. Una vez unidos, los Estados europeos ya no necesitaban ejércitos para hacerse la guerra unos a otros. La paz armada es guerra. Por fin, esta sentencia había cobrado vigor; por fin, el espíritu de la ilustración humana había prendido en la legislación.

Se esperaba que la forma más propicia para lograrla consistiera en dar máxima prioridad a la educación en general y, en particular, en convocar a un servicio público anual a toda persona joven que hubiera cumplido los dieciocho años y aún no hubiera alcanzado los veinticinco. Se llamaba a esto «servicio auxiliar obligatorio», nombre inspirado en lo que antes era el «servicio militar obligatorio». Fue elevado a ley federal europea y era una bendición infinita.

El plan del doctor Meister

DURANTE EL PASEO MATINAL por el bosque, como llamaba a su diaria vuelta por el área del hogar de convalecencia, a Meister lo rondaba ante todo la preocupación por la cuestión anímica. Se preguntaba cómo iría encontrando Richard Fröhlich su acomodo en este mundo. Antes de iniciar su recorrido, había telefoneado al director de escuela Ensler, un amigo suyo al que ya había tenido que agradecer más de un buen consejo en situaciones difíciles. En esta ocasión, lo invitó al hogar de convalecencia para que, juntos, instruyeran a «la gran criatura» y fraguaran el tránsito de la «moma» a la vida en simultáneo beneficio de la investigación del alma.

Mientras paseaba, empezó a oír el tableteo de la hélice por encima de su cabeza. Provenía del «pájaro aéreo» de Ensler, que se encontraba girando sobre el pinar con el propósito de tomar tierra en el pequeño helipuerto. Descendía cual paloma para, en el último instante, entrar en un leve planeo y llegar al suelo batiendo las alas. Desde la invención de los aviones antivuelco y su despegue sin necesidad de carrera, el aeroplano se había convertido en el medio de transporte más importante para desplazamientos lejanos e incluso viajes intraurbanos de cierta distancia. Toda persona atareada disponía de su propio «pájaro aéreo», que, en estado de reposo, era fácil de guardar. Los garajes se encontraban en los tejados planos de las casas, y los aviones ocupaban poco espacio, puesto que las alas podían cerrarse hacia arriba accionando una palanca, al modo de las mariposas diurnas en estado de quietud. Para despegar tan solo se

precisaba de un área lo suficientemente grande como para poder desplegar las alas. De manera que no era extraño que Ensler hubiera arribado de la capital en menos de un cuarto de hora.

Nada más aterrizar, Ensler se encaminó hacia la «casa de la momia» y llegó a la misma poco después que el director. Entró con sigilo en el cuarto de la «momia». Aunque había visto ya en varias ocasiones al «huésped durmiente», se sobrecogió ante el aspecto que este ofrecía. Aquello no era un ser humano. Aquello era un esqueleto enfundado en un pellejo encogido, un saco epidérmico arrugado de color amarillo cuero. Tenía los ojos hundidos en sus cuencas, y mientras que en el pasado, cuando estaban cerrados, uno podía superar el horror de aquella visión pensando que se trataba de la imagen de un ser durmiente, ahora aquellos ojos profundos impactaban con más fuerza a quien los contemplaba. Se agitaron inquietos al advertir al nuevo visitante.

Ensler era la primera persona en aparecer ante la vista del enfermo sin vestimenta clínica, sin la bata de lino del médico o las enfermeras. Parecía que el paciente quería incorporarse. La enfermera Marianne inclinó su rubia cabeza para acercar el oído a la boca de Richard.

Fue un aluvión de brasa la que entonces invadió su rostro, extenuado por el sobreesfuerzo de los últimos días y noches. Era una excitación jubilosa la que se apoderaba de ella.

—¿Dónde estoy? —dijo el enfermo con un susurro tan débil que solo lo entendió la enfermera—. ¿Dónde estoy?

—En casa de unos buenos amigos —repuso Marianne en voz baja, acariciándole con sus suaves dedos de color rosa las mejillas hundidas y los pómulos salientes—. Ha dormido largo tiempo —añadió, y tras una pausa—: ¿Desea algo, Richard Fröhlich?

Al oír mencionar su nombre, el recobrado aliento vital pareció deslizarse de nuevo por su coriáceo semblante.

El médico jefe Brunner, situado al pie del lecho del enfermo junto al director y sus colegas, la interrumpió.

—No le exija demasiado, querida Marianne, no le exija demasiado a la vez. Tiene que ir acostumbrándose lenta, muy lentamente, al nuevo mundo.

Mientras Marianne le acariciaba las mejillas, los párpados del enfermo se cerraron de nuevo. Los médicos y el director de escuela salieron sin ruido al vestíbulo, en el que desembocaban las puertas de las cuatro salas de aquel palacete mágico. Allí deliberaron. Ensler, Brunner y Meister consideraban que, al igual que en la reanimación física de Fröhlich, había que obrar con suma cautela en lo que a su restablecimiento mental y anímico se refería. Terminaron por aprobar el plan, gestado de común acuerdo, de conducir a Richard Fröhlich a la vida de la misma manera que los artistas de la educación moderna hacían con los niños.

Marianne había de oficiar de guía de este cursillo de instrucción. Naturalmente, y para descargarla de trabajo, la acompañaría en su misión una segunda enfermera con formación pedagógica, una de las llamadas puericultoras. Además, le sería asignado con carácter permanente el joven médico que había pronunciado el consejo de no dejar solo al facultativo en semejante empresa, demostrando así su competencia pedagógica. El médico jefe Brunner había relatado su encuentro con el doctor Corbett-Fisher y lo había propuesto para que jugara ese papel. Para puericultora se eligió a una joven rusa que, atraída por el renombre de Meister como docente social, había venido del lejano Este al centro de Europa. Con su entrega a cualquier tarea que se le encomendara, se había ganado de entrada la consideración, el reconocimiento y, por último, la confianza de su entorno. A veces, incluso el afecto. También Meister apreciaba mucho a la pequeña mujer de ojos oscuros.